

suyo no ordenarse á ningun fin, y ordenar á sí todas las cosas. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece; y para ser infinito el amor, ha de parecer una infinita locura.

Hay una voz que está en mi corazon y que es mi mismo corazon, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conócer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él: y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar, y padecer desmayos de amor, y estar desmayado así perpétuamente. Nadie me llame á sí si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas si la voz que escucho es voz de amor, héme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adónde va, ni á qué parte me lleva; porque adonde quiera que me lleve y adonde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor, y nuestro amor él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quien amar de esta manera, y aun por eso me deshago y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir por otras regiones y para subir á otras alturas?

## CAPITULO VIII.

### DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS Y DE LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

De dos problemas dijimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el orden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricacion primitiva, la cual le sirvió de ocasion para manifestar dos de sus más grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante sin embargo; convenia además, para que en las cosas de la creacion, y especialmente en las humanas, hubiera aquel orden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricacion fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquiera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pié, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene más á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á un mismo tiempo potentísima y clementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable con-

dicion, que pudieran transformarse en instrumento de su propia salvacion las consecuencias de su pecado. Borrar el pecado y fortificar al pecador hasta el punto que pudiera levantarse libre y meritoriamente estando caido: este es el gran problema que es necesario resolver, aun despues de resueltos todos los otros, si el Catolicismo ha de ser otra cosa que uno de los muchos sistemas laboriosamente imperfectos que vienen dando testimonio de la profunda y radical impotencia de la razon humana.

El Catolicismo resuelve estos dos grandes problemas por el más alto é inefable é incomprensible y glorioso de todos sus misterios: en ese altísimo misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia; y sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones, el cual manda con imperio, á un tiempo mismo, á su misericordia ser misericordiosa, á su justicia ser justa, á su bondad ser buena, á su sabiduría ser sabia, y á su omnipotencia ser omnipotente. Porque Dios no es ni ompotencia, ni sabiduría, ni bondad, ni justicia, ni misericordia: Dios es amor, y nada más que amor; pero ese amor es de suyo omnipotente, sapientísimo, buenísimo, justísimo y misericordiosísimo.

El amor fué el que mandó á su misericordia dar al hombre prevaricador y caido la esperanza, con aquella divina promesa de un futuro redentor, que vendria al mundo para tomar en sí y para vencer al pecado. El amor fué el que le prometió en el paraiso, el que le envió á la tierra, y el que vino: el amor fué el que tomó carne humana, y vivió vida de hombre mortal, y murió muerte de cruz, y resucitó despues en su carne y en su gloria. En el amor y por el amor somos salvados todos los que somos pecadores.

El gloriosísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de

Dios es el único título de nobleza que tiene el género humano. Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida medida con que proceden en este negocio. Tomando al hombre despeñado ya por su culpa de aquel primitivo estado en que le puso Dios, de justicia original y de gracia santificante; examinado por dentro en su constitucion orgánica, imperfectísima y contradictoria; y cuando se consideran la ceguedad de su entendimiento, la flaqueza de su voluntad, los torpes arrebatos de su carne, el ardor de sus concupiscencias y la perversidad de sus inclinaciones, no acierto á concebir ni á explicar esa parsimonia de vilipendios y esa medida en los desdenes. Si Dios no ha tomado la naturaleza humana; si tomándola en sí, no la ha levantado hasta sí; y si levantándola hasta sí, no ha dejado en ella un rastro luminoso de su nobleza divina, es fuerza confesar que para expresar la vileza humana faltan vocablos en los idiomas de las gentes. Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linaje humano, el reptil que piso con mis pies, seria á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun así y todo, el punto de fé que más abrumba con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, y que quiero alcanzar y no alcanzo. En vano aparto los ojos llenos de espanto y de horror de los anales del crimen, para ponerlos en esferas más altas y en regiones más serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias; porque mi conciencia levanta su voz y me dice que todas esas heróicas virtudes se resuelven en vicios heróicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego ó en una ambicion in-

sensata (1). El género humano aparece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los piés de sus héroes, que son sus ídolos; y los héroes, como ídolos, que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele. Ninguno puede negar esa revelacion y afirmar su propia nobleza. ¿De dónde sabe que es noble, si Dios no se lo ha dicho? Una cosa excede mi razon y me confunde: que haya quien piense que se necesita una fé menos robusta para creer en el incomprensible misterio de la dignidad humana, que para creer en el misterio adorable de un Dios hecho hombre, por la virtud del Espíritu Santo, en las entrañas de una vírgen. Esto prueba que el hombre vive siempre sujeto á la fé; y que cuando parece que deja la fé por su propia razon, no hace más sino dejar la fé de lo que es divinamente miste-

(1) «No me pararé á demostrar, dice sobre estas palabras el Sr. Gaduel, que la proposicion que llama vicios á las virtudes naturales de los infieles, ha sido condenada por la Iglesia.» (*L'Ami de la Religion*, n.º 8 de Enero de 1853.)

La proposicion de Bayo á que acaba de referirse el Sr. Gaduel, es la siguiente: «*Omnia opera infidelium sunt peccata, et philosophorum virtutes sunt vitia.*» Esta proposicion es universal, y se aplica á todos los actos de los infieles, cualesquiera que sean, y se entiende, no solamente de las falsas virtudes de los filósofos, sino tambien de aquellas que son en sí mismas verdaderas virtudes, bastando la ausencia de la fé, para que segun Bayo, la virtud más verdadera sea un vicio; pero el Sr. Donoso no dice nada semejante; en primer lugar, no habla para nada, ni de infieles ni de filósofos, sino de «los que el mundo llama héroes.» No dice el mundo pagano, sino el mundo, y no hay duda que el Sr. Gaduel no ignora el sentido de esta expresion. En segundo lugar, no habla de todos los actos de los infieles, sino de aquellas acciones «de que están llenas las historias,» es decir, de las batallas, conquistas, etc., que no tienen gran relacion con las virtudes de los filósofos. En fin, no habla de verdaderas virtudes, sino de aquellas que el mundo tiene por tales y que él tiene como falsas, porque «se resuelven en un orgullo ciego ó en una ambicion insensata.» Su apreciacion se refiere únicamente á hechos particulares, y no sostiene ninguna conclusion dogmática; ¿qué relacion puede, pues, tener con la absurda herejía de Bayo?

rioso, por la fé de lo que es misteriosamente absurdo (1). La encarnacion del Hijo de Dios fué convenientísima, no solamente en calidad de manifestacion soberana de su infinito amor, en el cual está la perfeccion, si puede decirse así, de las divinas perfecciones, sino tambien en virtud de otras profundas y altísimas consecuencias. El orden supremo de las cosas no puede concebirse, si las cosas todas no se resuelven en la unidad absoluta. Ahora bien, sin aquel prodigioso misterio, la creacion era doble y el universo un dualismo, simbolo de un antagonismo perpétuo, contradictorio del orden. De un lado estaba Dios, tésis universal; y de

(1) El Sr. Gaduel extracta algunos trozos de este pasaje, y despues exclama indignado: «¿No es indigno de un hombre, y sobre todo de un cristiano, lanzar ese cartel de desprecio contra la humanidad entera? Y si apenas pudiera tolerarse semejante lenguaje tratándose de los más odiosos malhechores ¿puede consentirse que se le aplique á todo el género humano, teniéndole por tan vil y despreciable que no lo es más el reptil que se huella con la planta?» (*Ami de la Religion*, n.º del 8 de Enero de 1853.)

El Sr. Gaduel continúa en este tono en una página entera, y bien podia haberse ahorrado tanta elocuencia si hubiese querido considerar que el Sr. Donoso no habla del hombre tal como es, sino tal como le presentan los racionalistas; dá á conocer el desprecio que hacen del hombre, y dice que no lo extraña, pues comienzan por despojar al hombre de lo que constituye su grandeza; y que aun es de admirar cómo no pasan más adelante, despues de reducir al hombre á tan lamentable estado. Tal es el sentido de este pasaje, y cualquiera que sepa leer lo conocerá.

El Sr. Gaduel concluye así: «Digamos, en fin, que esta gran criatura, llamada el hombre, hasta en el abismo en que habia caido con las llagas que se habia abierto, pareció todavía tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á ménos poner sus divinos piés en aquel abismo para levantarle, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para curarlas con ella. La naturaleza humana, caída y todo, es al cabo nuestra propia naturaleza; ese sér derribado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nosotros mismos. Tengamos algun respeto á ese sér que ha movido al mismo Dios á compasion, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado tanto.»

El Sr. Gaduel olvida que en la hipótesis racionalista, Dios nada tiene que ver

otro las criaturas, su universal antítesis. El orden supremo exigía una síntesis tan poderosa y tan ancha, que bastara á conciliar por medio de la union la tésis y la antítesis del Criador y las criaturas. Que esta es una de las leyes fundamentales del orden universal, se ve claro cuando se considera que ese mismo misterio, que en Dios nos causa maravilla, sin admirarnos está patente en el hombre. El hombre, considerado bajo este punto de vista, no es otra cosa sino una síntesis, compuesta de una esencia incorpórea, que es la tésis, y de una antítesis, que es su sustancia corpórea. El mismo sér que, considerado como un compuesto de espíritu y de materia, es una síntesis, no es más que una antítesis que es necesario reducir á la unidad por medio de una síntesis superior, juntamente con la tésis que le contradice, cuando se le considera en calidad de criatura. La ley de la reduccion de

---

con el hombre; que no le tiene ni estima, ni lástima, y que nunca ha bajado á la tierra para curarle sus heridas. Pues bien, Donoso parte de esta hipótesis para deducir de ella el absurdo. ¿Qué sería del hombre si Dios no le hubiese querido rescatar, es decir, si le hubiera dejado en el mundo á merced del pecado y de todas las miserias y corrupciones que en esta hipótesis se habrían seguido, sin poner á su alcance ningun remedio, sin darle socorro alguno, en poder del demonio, y sin más esperanza que la muerte y el infierno? Cuanto á la doctrina del Señor Donoso sobre la naturaleza degradada, debia conocerla el Sr. Gaduel, pues se halla expuesta con mucha claridad en la misma obra que él ha examinado con tanta diligencia. Podemos recordarle en particular el capítulo cuarto del libro segundo, donde se sostiene que la naturaleza humana, es no sólo buena en sí misma, sino perfecta y excelente; que no afectando la culpa, ni pudiendo afectar á las esencias de las cosas, esta naturaleza sigue siendo perfecta y excelente, á pesar del pecado; y que no se puede sostener lo contrario sin caer en maniqueismo ó en un fatalismo que hace á Dios autor del mal. ¿Qué más puede pedir el Sr. Gaduel? Que vuelva á leer, al final del capítulo siguiente á este, el pasaje en que el Sr. Donoso dice que el *secreto de la naturaleza contradictoria del hombre* nos ha sido revelado en el misterio de la Encarnacion, y añade que este secreto consiste en que «*por un lado es altísima y excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza.*» ¿Cómo puede el Sr. Gaduel, despues de leer esto, acusar al Sr. Donoso de no ver nada bueno en la naturaleza humana?

la variedad en la unidad, ó lo que es lo mismo, de todas las tésis con sus antítesis en una síntesis suprema, es una ley visible é indeclinable. La dificultad aquí está solo en hallar esa suprema síntesis. Estando de un lado Dios, y de otro todas las cosas criadas, es una cosa evidente que aquí la síntesis conciliadora no puede buscarse fuera de estos términos, fuera de los cuales no hay nada que se pueda imaginar, siendo como son universales y absolutos. La síntesis, pues, habia de encontrarse en las criaturas ó en Dios, en la antítesis ó en la tésis, ó bien en una y en otra simultánea ó sucesivamente.

Si el hombre hubiera permanecido quieto en aquel estado excelente y en aquella condicion nobilísima en que fué puesto por Dios, la variedad hubiera ido á perderse en la unidad, y la antítesis creada se hubiera unido con la tésis creadora en una suprema síntesis por la deificacion del hombre. A esta deificacion futura fué dispuesto por Dios cuando le adornó con la justicia original y con la gracia santificante. El hombre, en uso de su libertad soberana, se despojó de aquella gracia y renunció á aquella justicia; y despojándose de la una y renunciando á la otra, puso impedimento á la divina voluntad, renunciando á su deificacion voluntariamente. Empero la libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la realizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto. La reduccion de la variedad en la unidad; eso era lo que habia de absoluto en la voluntad divina: la reduccion por medio exclusivo de la deificacion del hombre; eso es lo que habia en ella de relativo y contingente; lo cual quiere decir, que Dios quiso el fin con una voluntad absoluta, y el medio de alcanzar ese fin con una voluntad relativa; y en esto, como en todo, resplandece la sabiduría de Dios con un resplandor inefable. En efecto; sin lo que habia en su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de

relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de contingente y de necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberanía de Dios y la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no sería de cierta manera.

Entonces sucedió que el órden universal, querido por Dios con una voluntad absoluta, hubo de realizarse por la humanizacion inmediata de Dios, no pudiendo realizarse por la deificacion inmediata del hombre, la cual fué de todo punto imposible, primero, con una imposibilidad relativa á causa de su voluntad, y despues con una imposibilidad absoluta á causa de su pecado.

Ya en otra ocasion me propuse demostrar, y demostré cumplidamente, cuán grande es el alcance y la universalidad de las soluciones divinas, las cuales, al revés de lo que se observa en las humanas, no suprimen un obstáculo para ir á dar en otro mayor, ni resuelven una dificultad para caer en otra más grande, ni esclarecen un problema bajo un punto de vista para dejarle más oscuro que antes, mirándole por otro lado; sino que, por el contrario, suprimen de una vez todos los obstáculos, resuelven á un tiempo mismo todas las dificultades, y esclarecen todos los problemas de un solo golpe, con un esclarecimiento simplicísimo. Y esto que se observa en todas las divinas soluciones, se observa más particularmente todavía en esta que tratamos relativa al misterio adorable de la Encarnacion del Hijo de Dios; porque al propio tiempo que fué el medio soberano de reducirlo todo á la unidad, condicion divina del órden en el universo, fué tambien un medio maravilloso de restaurar el órden en la humanidad caída. La imposibilidad radical en que quedó el hombre de volver por sí solo á la amistad y gracia de Dios, despues del pecado, está confesada por aquellos

mismos que niegan el Catolicismo en la mayor parte de sus dogmas. Mr. Proudhon, el hombre más docto de las escuelas socialistas, no vacila en afirmar que, supuesto el pecado, la redencion del hombre por los méritos y trabajos de Dios era de todo punto necesaria; como quiera que el hombre pecador no podia ser de otra manera redimido. Por lo que hace á los católicos, no vamos tan allá, afirmando solamente que esta manera de redencion, sin ser necesaria ni la única posible, es, sin embargo, adorable y convenientísima.

Por aquí se ve que Dios se dió traza para vencer con una misma industria, así el obstáculo que se oponia á la realizacion del órden universal, como el que impedia el órden humano. Haciéndose hombre sin dejar de ser Dios, unió sintéticamente á Dios y al hombre; y como en el hombre estaban ya sintéticamente unidas la esencia espiritual y la sustancia corpórea, resultó de aquí que Dios hecho hombre reunió en sí, por una altísima manera, por un lado las sustancias corpóreas y las esencias espirituales, y por otro, al Criador de todo con todas sus criaturas. Al propio tiempo, padeciendo y muriendo voluntariamente por el hombre, echó sobre sí, quitándosele á él, aquel pecado primitivo por el cual padeció corrupcion y fué condenada á muerte en Adan toda su raza.

Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece, al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenacion en Adan, nada más razonable y conveniente sino que todo él se salvara en otro Adan más perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad, que fué ley de justicia; nada más razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad, que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los

méritos de un sustituto. Nada más ajustado á la ley de razon sino que, siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque aun suponiendo por vía de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra, que la completa y explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad; porque es insigne mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso calificada locura.

Restablecido el orden en el universo por la union de todas las cosas en Dios, y el orden en la humanidad en cuanto estaba impedido por el pecado, solo falta para restablecer el segundo completamente, por una parte poner al hombre en estado de levantarse sobre sí mismo hasta el punto de aceptar las tribulaciones con una aceptacion voluntaria, y por otra dar á esa aceptacion una virtud meritoria. A ambas cosas ocurrió Dios con este divino misterio, en sus consecuencias fecundísimo, y en sí mismo admirable. La sangre preciosísima derramada en el Calvario, no solo borró nuestra culpa y satisfizo nuestra pena, sino que por su inestimable valor nos puso, siéndonos aplicada, en estado de merecer galardones; por ella se nos dieron dos gracias juntamente: la que consiste en aceptar la tribulacion, y aquella en virtud de la cual la tribulacion, alegremente aceptada en el Señor y por el Señor, adquiere una virtud meritoria. En esto consiste la suma de la Religion católica: en creer con firmísima fé que naturalmente nada podemos, y que lo podemos todo en aquel y por aquel que nos fortifica. Todos los otros dog-

mas sin este son puras abstracciones, desnudas de toda virtud y eficacia. El Dios católico no es un Dios abstracto, ni un Dios muerto; es un Dios vivo y personal, que obra perpetuamente fuera de nosotros y en nosotros: que al mismo tiempo que está en nosotros contenido, nos circunda y nos contiene. El misterio que nos mereció la gracia, sin la cual andamos como perdidos y en tinieblas, es el misterio por excelencia; todos los otros son adorables, encumbrados y altísimos; este solo es el encumbrado, porque sobre él no hay ninguna cumbre; el altísimo, porque sobre él no hay ninguna altura; y porque sobre él no hay nada digno de adoracion, el adorable.

El dia eternamente alegre y eternamente lloroso en que el Hijo de Dios hecho hombre fué puesto en una cruz, todas las cosas á la vez entraron en orden, y en ese orden divino la cruz se levantó sobre todas las cosas criadas. De ellas, unas manifestaban la bondad de Dios, otras su misericordia, otras su justicia. Solo la cruz fué el símbolo de su amor y la prenda de su gracia. Por ella confesaron los confesores, y fueron castas las vírgenes, y vivieron vida angélica los padres del yermo, y fueron los mártires testigos firmes que pusieron sus vidas al cuchillo con varonil y constantísimo semblante. Del sacrificio de la cruz procedieron aquellas portentosas energías con que los flacos asombraron á los fuertes, con que los proscriptos y desarmados subieron al Capitolio, con que unos pobres pescadores vencieron al mundo. Por la cruz alcanzan victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la piden, y amparo todos los desamparados, y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran. Desde que se levantó la cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aún vive aquí por la tribulacion, está ya allí por la esperanza.